

Una última comodidad

Sergio Aguilar Méndez

Escuela Nacional Preparatoria

Primer Lugar en el Concurso Interpreparatoriano de Cuento 1998 "Homenaje a Horacio Quiroga", en el 130 aniversario de la Escuela Nacional Preparatoria. Sobre "El almohadón de plumas", del escritor uruguayo

El médico cerró la puerta de la habitación y descendió por la escalera a la estancia principal. Allí, de pie, se hallaban dos mujeres enjutas y de rostro indiferente; normalmente a estas horas deberían estar ya en sus dormitorios de servicio, pero desde que el patrón cayó en cama, hace dos días, se turnaban para velar y atender lo perentorio. Si hoy estaban las dos al mismo tiempo, silenciosas, era porque al parecer el final se precipitaba; todo indicaba que la agonía se había iniciado, y la muerte dominaría en pleno en la madrugada.

El médico pasó a su lado sin mirarlas, pero consciente de que lo que iba a decir al heredero lo escucharían ellas también. El "heredero", como en la casa llamaban al único hijo del patrón, había llegado a mediodía; se enteró bien de la situación y estado de su padre, pues el mensaje recibido en la capital regional fue algo confuso, y luego desapareció toda la tarde por la localidad. Cuando regresó a la casa, el mé-

co ya estaba con el viejo en su recámara, por lo que

se sentó en la estan-

cia a esperar. A las dos ayudantas les pareció pertinente acompañarlo, aún en su silente actitud.

—Don Eloy no amanece; es cuestión de dos a tres horas

—dijo con solemnidad el médico—. Lo siento, Señor. Horacio. Hay tiempo para que yo vaya a ordenar ciertas cosas y regrese a la hora estimada.

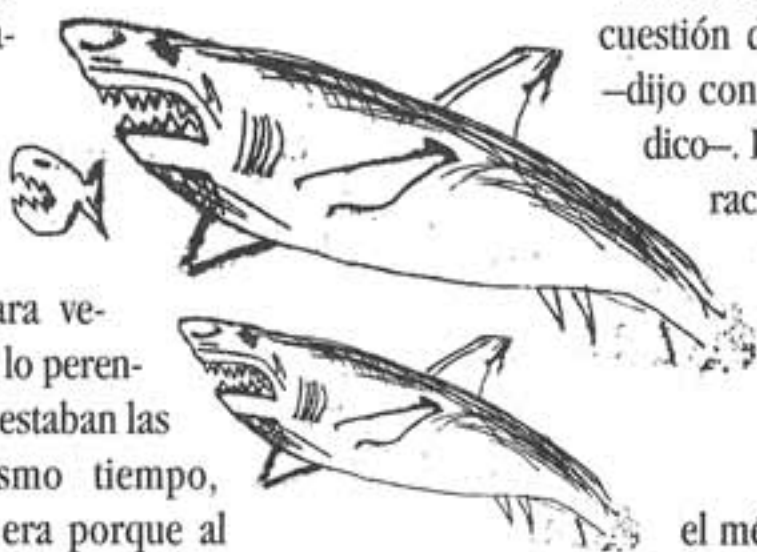
Al decir esto, el médico no pedía consentimiento o parecer

alguno, sólo informaba, y ya

se estaba dando media vuelta cuando el heredero, Horacio Abdala, se

levantó, le estrechó la mano

y lo acompañó, en silencio para no variar, a la puerta. Al retornar a la estancia el reloj de la pared indicaba las 11:32 de la noche. Abdala pidió a las mujeres que fueran a descansar; él esperaría al médico y atendería a su padre; ya las llamaría en caso necesario. Ellas obedecieron. Horacio Abdala se volvió a sentar, pero ahora de frente al reloj. No le quedaba más que esperar.





Don Eloy Abdala tenía setenta y cuatro años y, a pesar de las nebulosas de la memoria, la edad y la agonía, recordaba perfectamente el instante y el suceso que desgració su vida. Nacido en regiones provinciales, tuvo la fortuna de ser hijo de un mediano hacendado, recién instalado como tal, gracias a las políticas populistas de entonces de otorgar tierras. Su formación no varió a la de los otros hijos de esta clase artificial y emergente, es decir, ocuparse de ciertas labores de la casa, instrucción elemental, y si había interés y talento, seguir una carrera, o bien, hacerse cargo del trabajo en el campo. Sin embargo, a los dieciseis años, cuando se le planteaba esta disyuntiva quiso leer

un libro, de los pocos que existían en la casa y que se compraron para adornar un estante sobre una chimenea de ladrillos. Quería probar "la resistencia" a temas y lecturas más elevadas. Todos los ejemplares se presentaban en la portada como "Lo más actual y novedoso de la literatura en Nuestra América, 1921". El volumen que eligió lo seleccionó por breve y por las brevedades que contenía. Le bastó leer el primer relato para darse cuenta que un temor inaudito lo aprisionaba; detestó el relato, pero su ficción tan verídica lo marcó; lo releyó tres, cuatro, cinco veces, esperando que su temor se aplacara o deseando encontrar indicios de falsedad que desbarataran el relato. No ocurrió ninguna de las dos cosas. Tampoco terminó de leer el libro. El horror se había despertado, instalado en él, y esa primera noche mostró los suplicios de que era capaz. No durmió, y además tomó dos decisiones cruciales y absurdas, pero que en el imperio del miedo, eran de lo más coherentes: se quedaría a laborar en la hacienda; no quería saber nada de estudios o lecturas que fueran capaces de depararle horrores semejantes al que hoy se le había revelado como pesadilla íntima y constante; y la otra resolución era igual de contundente: jamás volvería a usar almohada.



Al principio se le tomó como una tierna actitud de demostrar su hombría y dejar de ser niño y adolescente. "El joven Eloy duerme sin almohada", se decía por la casa. Pero a medida que transcurrió el tiempo, la manía y el temor se anudaron en un atisigamiento que hartaba. Eloy suplicaba a sus padres que no utilizaran almohada, sus vidas corrían peligro; les intentaba explicar su miedo, su temor develado y, a la vez, creado por la advertencia intrínseca del cuento que él estaba seguro de haber descubierto.

Los padres se preocuparon e insistieron en ver a un doctor. Eloy se negó, y con el tiempo las súplicas eran agresiones, ironías y amenazas de lo que les esperaba si neceaban en dormir sobre almohadas.

La ventolera expropiatoria acabaría con su padre; recibió dos tiros en un enfrentamiento con agraristas, sin embargo, su madre moriría en su cama años después, y entre el dolor y la locura Eloy despedazó las voluminosas almohadas en que su madre descansó sus últimos días. Con lágrimas y jadeos las despanzurró en el patio, seguro de encontrar ahí la real causa del deceso, y no como el doc-

tor dijo, por una afección en el corazón.

El conocimiento del campo le permitió salir adelante, rescatando lo poco que las crecientes reformas de los tiempos recientes le habían dejado. Avanzó en edad entre noches de insomnio, revisando cuentas, tanteando otro negocio como la usura y leyendo el periódico local hasta muy tarde, esperando encontrar que una noticia al fin hablase de alguna muerte extraña que le diera la razón a sus temores. De vez en cuando tomaba el viejo libro y leía el cuento. Quizá se hubiera consumido más pronto en sus temores fantasmales y parásitos obsesivos como gérmenes, de no ser por la aparición de Ada.

Ada había entrado a trabajar al servicio del patrón, pero a diferencia de otras mujeres que laboraron con él y que lo respetaban en sus manías y soledad, Ada se impresionó por las actitudes, y ante lo difícil de explicarse su conducta, lo tomó por sabio y loco; se interesó de verdad en sus rutinas. Eloy percibió el interés auténtico y no tardó en querer formar una discípula. No obstante el interés de ella, nunca comprendió ni compartió el origen y sentido de los temores del hombre, al contrario, con su ingenua entrega pensó ayudarlo, y una noche la cercanía los llevó al encuentro previsible en lo íntimo. Con más razón e ímpetu, Ada creyó de verdad que se trataba del instante supremo para la curación, y en uno de los reposos de su amor, introdujo diversas almohadas al lecho en el que continuó la entrega y en el que despertaron.

Las consecuencias de aquella noche las fue armando durante mucho tiempo Horacio, pues tales consecuencias lo involucraban a él. Seguro estaba que en esa noche su madre, Ada, había quedado preñada. Nunca supo



El horror se había despertado en él, y esa primera noche mostró los suplicios de que era capaz

cuál fue en verdad la violenta reacción de su padre al verse despertar entre almohadas y con una mujer al lado, situaciones nunca vividas y sí siempre temidas. Desgraciadamente el infierno que vería de niño, le dio a Horacio una intuición de lo que debió haber sido.

Eloy respondió y se casó con Ada, quien como esposa parecía más sirvienta que nunca y más alejada de él como jamás lo estuvo. Desde pequeño, Horacio notó una mirada particular en su padre al dirigirse con violencia a su madre; con el tiempo supo que se trataba de rencor, de un rencor enfermizo. Había otras piezas que Horacio pretendía descubrir, como una cohabitación miserable y convenenciera, humillación, pero terminaba por imponerse el infierno que le tocó a él: rechazo, gritos para que se alejara lo más posible de su madre y la paliza cuando lo sorprendió jugando divertido en el desván a aventarse y golpearse con almohadas.

A edad muy temprana inició su peregrinaje por internados y escuelas, regresando a casa para fugaces visitas. Y en uno de los primeros retornos se encontró con la desgracia de que Ada había desaparecido. Nunca se le dijo que había muerto, ni él lo hubiera aceptado, pues jamás hubo una tumba como evidencia.

El peregrinaje terminaba hoy, aquí, sentado en la casa de su padre moribundo. Durante las estancias escolares de adolescencia descubrió en una tarea de rutina un texto, un cuen-

to de un escritor renombrado. La última pieza, y central, del rompecabezas incomprensible de su historia estaba ahí. La evidencia era tan clara, y a veces tan demencial, que le tomó tiempo asimilarla.

Pero esta noche, Horacio pretendía agregar una pieza más a la desgracia de los Abdala; sólo que él sería por primera vez el encargado de disponerla a su antojo. Llamaron a la puerta. Horacio se apresuró a abrir, y con gran excitación atendió al hombre que le ofrecía un paquete.

—¡Por qué tardó tanto, si sólo era rellenar y coser! —exclamó Abdala—.

—Bueno, es que es conocida la gravedad de su señor padre, y por la hora, pues yo pensé...



—No importa, ¿todo bien? —Abdala miraba con impaciencia al sujeto—. ¿Es suficiente lo que le pagué? —El hombre reaccionó:

—Oh sí, claro, más que suficiente —pero seguía inmóvil, por lo que Abdala prácticamente le cerró la puerta en la cara.

El tapicero reaccionó en definitiva y echó a caminar por la calle. Pensó: "No cabe duda, igual de loco que el viejo. Mira que el padre agoni-

zando y éste encargando tamaño almohadón de urgencia”.

Al pasar presuroso rumbo a las escaleras, Horacio alcanzó a atisbar el reloj: eran las 12:10. Al ir subiendo evocó las horas de la tarde. Preguntando por diferentes locales dio con un tapicero que también elaboraba almohadas. Escogió la más grande que tenía, pero siempre y cuando fuera de plumas de algún ave, e incluso le pidió que la descosiera de un lado, pues él mismo le llevaría más relleno.

Abrió la recámara, dudó un segundo, y entró decidido, pero tranquilo, con gusto. Se acercó a la cama; volteó a ver la pequeña lámpara al lado y desistió de encenderla. Ahora, angustiado de que el viejo estuviera ya muerto y todo fuera en vano, le movió la cabeza, le palmeó la frente. El anciano abrió los ojos, o lo que quedaba de ellos. Sus miradas se suspendieron, se identificaron. Horacio habló sin desviar la mirada.

—Padre, estás agonizando, pero yo te he traído un regalo; se trata de otra agonía —al terminar la frase le mostró a dos manos la almohada—. La mandé hacer especialmente para ti. Yo mismo escogí a las aves más viejas y enfermas, a las más inmundas, a las de plumas más pestilentes y sucias para el relleno. Tu terror te alcanzó en la muerte, y por él morirás realmente. Jamás entenderé los alcances de tu infame delirio, pero quizá lo hubiera sobrellevado, que al fin y al cabo puede que yo tenga los míos. Pero que todavía hayas jugado la macabra suerte de llamarme, de bautizarme como el escritor, es abominable.

Horacio guardó silencio y, con serenidad, colocó la almohada bajo la minúscula cabeza del viejo, y con avidez aguzó la vista en los ojos del padre. Y sí, ahí estaba, un terror



desmesurado, agobiante, que intentaba suplicar. Horacio caminó al sillón del cuarto, lo volteó hacia la ventana, se sentó, dando la espalda al lecho, y sacó de su chaqueta su propia edición del libro. Se acomodó, y en penumbras comenzó a leer en voz alta, imaginando la desesperación mortal del anciano trémulo, sin movimiento ya y emitiendo leves gemidos. Horacio Abdala leyó: “El Almohadón de plumas, de Horacio Quiroga”, “Su luna de miel fue un largo escalofrío...” ☉

